



EL POTENCIAL SUBVERSIVO DE LA LITERATURA LA LECTURA DE JULIA KRISTEVA SOBRE MALLARMÉ

LITERATURE'S SUBVERSIVE POTENTIAL

JULIA KRISTEVA'S READING ON MALLARMÉ

Julia Rico Frías

*Universidad de Granada**

Fecha de finalización del trabajo - Febrero 2023

Resumen

Stéphane Mallarmé es un poeta cuya obra ha sido estudiada por diversos intelectuales a lo largo del siglo XX, que buscaban entender su sentido, su significado, su *para-qué*. Su poesía se presenta como una propuesta innovadora que empieza a romper con la literatura tal y como la conocíamos hasta el momento, por lo que son muchos los que coinciden en que fue un visionario que supo crear un tipo de escritura nueva, desconocida. La particularidad de la lectura que hace de él Julia Kristeva reside en que ella piensa que la revolución que supone una obra de esas características no cambia simplemente la forma en que hacemos literatura a partir de ella, sino que también tiene poder para ir más allá y, bajo condiciones específicas, cambiar las normas que rigen la sociedad.

Palabras clave: Mallarmé, Kristeva, literatura, poesía, semiótica, política, Bataille



Abstract

Stéphane Mallarmé is a poet whose work has been studied by various intellectuals throughout the twentieth century, who sought to understand its sense, its meaning, its what-for. His poetry is presented as an innovative proposal that begins to break with literature as we knew it so far, so there are many who agree that he was a visionary who knew how to create a new, and unknown, type of writing. The particularity of Julia Kristeva's reading of him lies in the fact that she thinks that the revolution that such a work implies does not simply change the way we make literature, but also has the power to go beyond and, under specific conditions, change the norms that govern society.

Keywords: Mallarmé, Kristeva, literature, poetry, semiotics, politics, Bataille

Introducción

Julia Kristeva es la filósofa que ha hecho uno de los análisis más exhaustivos que existen de la obra de Mallarmé, recogido mayormente en su obra *La révolution du langage poétique* (1974), la cual permanece sin traducción al español y está traducida sólo parcialmente al inglés. Este escrito es considerado una de las mayores expresiones de la innovadora teoría literaria de la revista *Tel Quel*, en la que participaba activamente la autora como ya señalamos anteriormente. En este capítulo, trataremos de recoger los aspectos más relevantes de este estudio que Kristeva hace del poeta en relación con su concepción política de la literatura y de la «revolución» que, ella dice, puede suponer – o podría haber



supuesto– la obra de Mallarmé. Kristeva veía en este poeta, así como en Lautréamont, el otro poeta al que dedica su obra previamente mencionada, cierto poder de transformación social latente con posibilidad de actualizarse gracias a herramientas teóricas precisas. Sin embargo, mantiene sobre su figura cierta ambigüedad ya que, a pesar de que Kristeva lo reivindica, se verá obligada a explicar por qué esta revolución no ha tenido lugar aún.

Kristeva considera que la obra de Mallarmé consigue desarticular las lógicas del orden simbólico que opera en nuestra cotidianidad de una manera muy ingeniosa. Sin embargo, esta misma razón es la que lleva sus escritos a convertirse en lugares oscuros en los que la gente tiene miedo de adentrarse, y es por eso que muchos los han considerado inhumanos o en lo alto de una torre de marfil. ¿Es por esto que no han tenido el gran impacto que se esperaba de ellos desde la teoría literaria?

La negatividad patente en la obra de Mallarmé, dice Kristeva, es la misma que se inició con la Revolución Francesa, sólo que dirigida al lenguaje en vez de a las instituciones sociales y políticas. Siguiendo a la desvalorización del poder simbólico que se dio durante la Tercera República en Francia, debido al empeño del Estado por defender los intereses del mercado a la vez que pretendía ser un símbolo de la unidad del pueblo, dos deseos absolutamente contradictorios, el lenguaje también perdió su última garantía, cuando sus pretensiones de verdad fueron corroídas. Mallarmé realiza una desarticulación de las unidades normativas del lenguaje comunicativo, así como de las reglas de la sintaxis, basándose para la construcción de sus poemas en estructuras rítmicas llenas de figuras literarias como la aliteración. El francés, la lengua en que Mallarmé escribía sus obras, tiene la desventaja frente a otras lenguas de



que todas las sílabas de una palabra se pronuncian con la misma intensidad, por lo que cambiar la musicalidad respecto de la poesía clásica no podía depender de los acentos. Por eso, la aliteración, que sí es fácil de conseguir en francés, será un gran recurso que ayudará a llevar a cabo esta tarea. Además, esta remarcación de los fonemas dada por la aliteración también hace que ganen autonomía, rompiendo las fronteras léxicas que consideran la palabra como la unidad mínima de sentido, así como el fundamento del lenguaje y la comunicación (Boncardo, 2018: 85). De esta manera, se libera una fuerza negativa que nos permite liberarnos de la lógica racional para acceder a un espacio en el que juegan las pulsiones del inconsciente. Apelando al inconsciente consigue también ser entendido como un ritmo que no se limita al ámbito del francés, sino que se entiende como trans-lingüístico. Así, no sólo la unidad de la nación, también la unidad del lenguaje francés empezó a debilitarse. Pero este proceso no se trataba de una pura destrucción. A partir de los retales del viejo lenguaje se buscan nuevos ritmos, nuevas construcciones, nuevas estructuras posibles.

Kristeva relaciona las dimensiones semióticas del lenguaje, es decir, aquellas que no responden a las normas simbólicas dadas, por ejemplo, por la sociedad, con el infinito, pero no en un sentido positivo de infinito sino simplemente como una ausencia de límites. La negatividad viene dada por un retorno a un momento pre-simbólico, en el que las leyes del lenguaje aún no estaban operando en el sujeto, y el cual se identifica con la habitación del útero materno –por eso la madre también cobrará una especial importancia en el análisis que hace Kristeva de la obra del poeta–.

Pero, como hemos señalado al final del párrafo anterior, la poesía de Mallarmé también es un ejercicio de renovación en



el que se busca reorganizar el orden simbólico según unos principios más flexibles. El poeta busca provocar un reencuentro entre la esfera de lo simbólico y la de lo semiótico, para una síntesis que dará lugar al modelo perfecto de literatura.

Lo simbólico y lo semiótico en el texto

Para entender mejor la propuesta de Kristeva deberemos primero atender a esta distinción que ella hace entre lo simbólico y lo semiótico.

Kristeva define la dimensión semiótica, o el *chora* semiótico, como la modalidad de significación que aún no ha sido determinada por el signo lingüístico (Kristeva, 1974: 23, 24). El *chora* funciona como una articulación provisional y móvil formada por el flujo de energía que recorre un cuerpo que ya participa en la significación, pero que aún no es un sujeto. Es una articulación regulada pero no fija. Lo semiótico está organizado en función de ciertas limitaciones, tanto de carácter natural como socio-histórico, y a partir de esta ordenación surge lo simbólico, como, por ejemplo, las normas sintácticas y las categorías lingüísticas en general. Lo simbólico nace, sobre todo, en contacto con los demás sujetos. La distinción entre lo semiótico y lo simbólico fue introducida por el análisis de Lacan, estando lo semiótico fuertemente ligado al subconsciente al tratarse de una dimensión pre-subjetiva, pero nosotros lo abordaremos dentro de las limitaciones de una práctica como es el texto.

Kristeva hace una distinción entre las nociones de «genotexto» y «fenotexto», en relación con la manera en que los textos funcionan. En el genotexto encontramos mayormente procesos semióticos, que incluyen cosas como las pulsiones, pero también un pequeño porcentaje de lo simbólico, como la



distinción entre objeto y sujeto. El genotexto de un texto normalmente lo podemos encontrar mirando los dispositivos fonéticos y melódicos que operan en él, como la rima o el ritmo, respectivamente. Por lo tanto, el genotexto es un proceso no lingüístico que articula estructuras poco estables que no tienen un significado como tal, pero que funciona como fundamento del lenguaje. El fenotexto, por otro lado, hace referencia al lenguaje que se encarga de comunicar obedeciendo a una serie de reglas, a la vez que presupone un sujeto de enunciación y un receptor. En él está más presente la dimensión simbólica del lenguaje.

El proceso de significación incluye tanto al genotexto como al fenotexto. Debido a las normas a las que está sujeto, el fenotexto es el lugar donde aparecen las limitaciones en el proceso de significación. Sólo en épocas revolucionarias y en algunos textos recientes se han incluido en el fenotexto las voces marginales u oprimidas, y sólo determinados textos de vanguardia consiguen llegar al *chora* semiótico, «lo cual modifica las estructuras lingüísticas» (Ibíd.: 85), como va a defender Kristeva que ocurre con la obra de Mallarmé. El poder del lenguaje poético es que en él estas limitaciones pierden fuerza. La tesis de Kristeva es que existe una relación dialéctica entre la dimensión semiótica y la simbólica del texto y que, por tanto, son necesarias ambas para continuar su proyecto.

Un coup de dés jamais n'abolira le hasard

Un coup de dés (1897) es uno de los poemas más representativos de la obra de Mallarmé. Mientras que en otras de sus obras la dimensión semiótica del texto, gobernada por una dinámica de pulsiones, prima en cuanto a novedades sobre la dimensión sintáctica, en este poema la sintaxis es quien ofrece una mayor novedad, desintegrándose; las palabras



están totalmente exentas de las reglas que normalmente gobiernan las oraciones. En consecuencia, caen también las estructuras tanto lógicas como ontológicas que dependen de ellas. A su vez, las palabras están dispuestas en una manera caligráfica, lo cual guía el ritmo del poema para su lectura.

En el análisis de la sintaxis de *Un coup de dés*, Kristeva distingue dos grupos de modificaciones diferentes. El primer grupo lo constituyen aquellas estructuras en las cuales, tras las elipsis, aposiciones o inversiones introducidas por Mallarmé, la estructura sintáctica que subyace se puede siempre reconstruir. En el segundo grupo encontramos sintagmas verbales o nominales que parecen tener sentido pero cuyas interconexiones se presentan como «indefinidas y plurilaterales» (Ibíd.: 269). Además, en ocasiones encontramos elementos cuyo sentido no somos capaces de recuperar en la oración, puesto que el resto de términos presentes no nos dan información suficiente como para saber cuál es la información suprimida. Para ilustrar este caso, Kristeva pone el ejemplo del verbo «SOIT», al inicio de la segunda página del poema, que no sabemos si se trata de una estructura incompleta, un imperativo o un subjuntivo, puesto que el resto del texto no nos lo aclara en absoluto. No se trata de una supresión de un elemento de la oración como tal, pues ese elemento que nos falta nunca estuvo ahí en su plenitud, sino que carecemos de los medios para comprender el significado del término. En resumen:

Leer Un coup de dés, entonces, es ser testigo de la ruptura de las estructuras sintácticas que gobiernan el pensamiento normativo y la práctica: en términos de Kristeva, la estructura frástica de significación se «infinetiza», en tanto que sus límites [...] son repetidamente violados (Boncardo, 2018: 98).



Este poema se afirma como la posibilidad de transgredir las normas sintácticas, sin hacerlas tampoco desaparecer del todo, puesto que el objetivo es encontrar un equilibrio entre la negatividad aportada por la semiótica y lo simbólico. A partir de esta nueva estructura se dan nuevas posibilidades de significación: las aparentes incompletitudes del texto que ponen en juego metáforas del lenguaje, los diferentes sentidos que aparecen dispersos y sin posibilidad de unión, provocan la aparición de un sujeto también descentralizado y que fluye. Así consigue resonar en todas las dimensiones de la existencia, como exigía de él Sartre para considerarlo poesía comprometida.

La relevancia política de Mallarmé

Para Kristeva, el lenguaje goza de una infinitud que hace que le sea imposible mantenerse siempre dentro de las limitaciones que se le imponen, y esta infinitud afecta también fuera del propio lenguaje, por ejemplo, en las instituciones sociales o en la ideología, ambos sistemas de comunicación que, por tanto, funcionan de forma similar al lenguaje. Es por eso que romper sus límites puede afectar en la disolución de ciertas estructuras sociales construidas, como dice Kristeva, según sus mismas lógicas. Y esto, a pesar de que en este caso se analizase la situación de Francia, ocurre, o puede ocurrir, en todas las sociedades.

Hay algunas fuerzas sociales que funcionan para controlar esta amenaza del infinito, como las prácticas religiosas. El problema que encuentra Kristeva es que el hecho de que los textos de Mallarmé hayan llegado solo a las capas altas de la sociedad, a los intelectuales, es que de esta forma están funcionando como una de estas formas de control del infinito,



ya que se mantienen en un espacio seguro, designado para ellos, de forma que la sociedad no note sus posibles efectos subversivos y se mantenga estable. Para que un cambio social ocurra posibilitado por los escritos de Mallarmé, la lógica con la que construye el texto debe llegar a «cada sujeto y cada estructura social» (Ibíd.: 101). Pero esto no ha ocurrido ni se prevé que ocurra pronto. ¿Entonces?

Para explicar la relación que encuentra Kristeva entre el lenguaje y las estructuras sociales, así como el hecho de que los cambios en el primero puedan traducirse en cambios en las segundas, la autora va a hacer una distinción entre el lenguaje comunicativo, que asocia a la producción o productividad – *production*– como una ideología que responde siempre a lógicas de medios y fines; frente al lenguaje poético, asociado al dispendio –*dépense*–, que rompe con esta forma de pensar (Kristeva, 1974: 388).

En general, el lenguaje literario se entiende como externo a esta lógica productivista. Sin embargo, en el caso de Mallarmé va más allá, ya que no sólo es poesía sino que además parece un texto sin sentido, en el que no nos queda claro lo que Mallarmé quiere decir. Esto se debe a que no sigue las lógicas del lenguaje comunicativo, la lógica productiva, a pesar de que, como ya analizamos en el segundo capítulo de este trabajo, Mallarmé sí dice algo. Kristeva cree que para que el proletariado consiga su destino histórico como clase, que, siguiendo a Marx, sería la abolición completa de la sociedad de clases, tiene que salir de las lógicas de producción que ahora sirven al mercado capitalista. Dado que la clase trabajadora no busca preservar el sistema actual, debe dejar de lado el instrumentalismo para introducir en su actividad lógicas que Kristeva llama de dispendio. El sujeto proletario es aquel que inicia el proceso por el cual se sintetizan la producción y el dispendio, que aparecen



divididos en la sociedad capitalista: «sin este segundo término, representado en la sociedad burguesa por la política y la cultura en general, o más específicamente por la contestación y subversión política y cultural, este sujeto no puede darse» (Ibíd.: 388). En otras palabras, para Kristeva, las prácticas significantes como la de Mallarmé son esenciales para trascender el capitalismo. La cuestión es que, hasta el momento, ninguna corriente política ha intentado este movimiento de totalización entre las dos dimensiones. En la época de Mallarmé, tanto las fuerzas de la derecha como de la izquierda política eran ideológicamente productivistas, es decir, que no incorporaban en sus acciones esta lógica del dispendio. Por lo tanto, encontramos aquí una pequeña esperanza que permanece sin probar, una política que «saque al proletariado de los aparatos ideológicos y los valores burgueses» (Ibíd.: 393), o sea, una unión entre el trabajador y el poeta.

Muchas de las fuerzas izquierdistas de los últimos siglos han estancado su actividad política en la mejora de las condiciones de los trabajadores dentro del sistema, en mejorar su funcionamiento, sin hacer ni siquiera un amago de conseguir una transformación social más radical. Dice Kristeva que, incluso, podemos decir que los discursos más críticos de la época contra la sociedad de consumo se daban desde el lado derecho del espectro, que señalaban también la sobreproducción. Es posible que por eso Mallarmé decidiese dejar a un lado la política en sus obras, usando los acontecimientos históricos de su tiempo simplemente como meros pretextos para continuar sus estudios sobre sus preocupaciones internas a la literatura. La vida de Mallarmé fue bastante tradicional, pero atravesada por la ironía. En su obra refleja lo simbólico de la sociedad pero arrebatado de su



carácter esencialista y convertido, a través de la negatividad, en parte de la estructura semiótica.

Así sale a la luz otra de las limitaciones que presenta Mallarmé para cumplir con el proyecto de Kristeva. Además de la ya mencionada escasa difusión de sus textos, la negatividad política que podríamos encontrar en su contenido es presentada en forma de una sutil ironía que pasa casi desapercibida. A pesar de que la forma de la poesía de Mallarmé sea absolutamente rompedora, su contenido no lo es, hasta el punto en que llega incluso a acabar con el poder del texto para corromper lo simbólico. Kristeva señala especialmente el uso por parte del poeta de lo que ella llama «fetiches», que serían una forma de esconder, falsificar o incluso traicionar la verdadera negatividad que opera en sus textos. Uno de los fetiches que Mallarmé utiliza, por ejemplo, es la terminología religiosa. Otro de los fetiches que resalta Kristeva es uno que el poeta utiliza para esconder la figura de la madre como progenitora, gracias al cual se conserva la estructura patriarcal de la sociedad que protege a Mallarmé y que le permite a él, como hombre, mantener el rol del progenitor. Este fetiche, motivado seguramente por el nacimiento de su hija, aparece en su obra *Herodías*, que sirve al hombre para sublimar lo que para él es la «experiencia castrante de la reproducción» (Boncardo, 2018: 108). Kristeva compara esta experiencia con lo que ocurre en los salones de *fin-de-siècle* que frecuenta el poeta, en los que las mujeres son el centro de la atención. Sin embargo, estas mujeres son de un tipo muy concreto: sin hijos –al menos no presentes– y cuya sexualidad está subordinada al goce masculino. De esta forma funcionan como un fetiche, puesto que son mujeres que son aceptadas por los hombres en su posición central de poder solamente en tanto que esta posición no amenaza el poder masculino y en tanto que,



además, esconde el gran contrapoder que supone la madre como progenitora, que hace sentir castrado al hombre. Aquí se evidencia una actitud totalmente reaccionaria por parte del poeta, que choca con la revolución que Kristeva espera de él.

En relación con el tema de la madre y la reproducción, Kristeva considera el sexo como un acto que no siempre se subordina a la lógica reproductiva y, por lo tanto, puede ser considerado como una actividad que responde a las lógicas de dispendio. Y asociado a él, el niño, «una entidad pre-social [cuya] entrada en lo simbólico nunca está asegurada» (Ibíd.: 109). Sin embargo, las relaciones de parentesco están a menudo jerarquizadas y es el hombre quien, en la mayoría de los casos, está en la situación de poder. De hecho, es esta red de relaciones familiares la que sirve para controlar el desorden de la libre sexualidad: «la ley paternal oculta la *jouissance* genital y asegura la procreación para la supervivencia de la sociedad» (Kristeva, 1974: 457). Esta es otra de las formas de control del infinito, en nombre de la productividad.

A pesar de estos aspectos ciertamente reaccionarios que encontramos al principio de su obra, Mallarmé va dejando atrás los fetiches llegando incluso a reconocer más adelante la figura de la madre como progenitora, que había pretendido esconder. Este progreso redentor es lo que hace posible para Kristeva continuar con su tesis sobre la revolución del lenguaje poético. A partir de aquí, Mallarmé intenta llevar a cabo la tarea de reunir lo simbólico y lo semiótico. Boncardo afirma:

No es una cuestión de destruir el poder simbólico, sino de cultivar de manera colectiva una actitud irónica hacia él, quizá incluso de promover una actitud de juego hacia él. Y la única manera de hacerlo es a través de una literatura como la de Mallarmé (Boncardo, 2018: 116).



Kristeva encuentra esta síntesis también en el pensamiento político de Mallarmé, que asocia en parte al anarquismo por su defensa del individuo hecha desde una reivindicación de igualdad social. Pero no podemos considerarlo totalmente anarquista porque, para él, el Estado, que en este caso está funcionando de una manera represiva, es un elemento necesario para alcanzar la igualdad social. Así reconoce la importancia tanto de la *jouissance* como de la ley, de la producción como del dispendio.

Economía del derroche

Bataille, en su escrito *La noción del gasto* (1987) va a encargarse de repensar la ciencia económica hecha hasta el momento, que se centra demasiado en las actividades productivas de la sociedad y desatiende aquellas en las que el objetivo no es la acumulación sino, más bien, el derroche. El filósofo Antonio Campillo resume muy bien la situación, tal como es interpretada por Bataille:

El error del liberalismo y del marxismo ha estado en privilegiar los elementos «homogéneos» o «profanos» de la sociedad –las relaciones económico-jurídicas, basadas en el cálculo utilitario y en la equivalencia contractual–, ignorando la enorme fuerza de los elementos «heterogéneos» o «sagrados» –fiestas, espectáculos, duelos, sacrificios, guerras, insurrecciones, etc.–, que son precisamente los que aseguran la cohesión entre los hombres. La única posibilidad de hacer triunfar una revolución social consiste en movilizar esos elementos «heterogéneos» o «sagrados» (Campillo, 2001: 8).



Entre los elementos denominados por Bataille como heterogéneos y, por esto, olvidados por las teorías económicas hasta ahora, están el arte y la literatura. Como señaló también el filósofo Axel Honneth, tanto los movimientos liberales como los marxistas se han centrado excesivamente en la dimensión económico-productiva de la sociedad, desatendiendo otros aspectos que pueden ser cruciales para que se produzca en ella un cambio. Es necesario atacar también los valores reaccionarios, las estructuras jerárquicas conservadoras, puesto que las relaciones económicas no son las únicas en las que se basa la sociedad.

Las actividades destructoras de riqueza juegan un importante rol social. La economía política actual es definida por Bataille como «economía restringida», puesto que sólo tiene en cuenta las actividades que se rigen por el principio de ganancia, y no reconoce aquellas que se basan en el principio de pérdida. Estas serán reconocidas en lo que llama «economía general». Este tipo de actividades se llevan realizando desde los tiempos de los pueblos primitivos, existiendo, por ejemplo, la ceremonia del *potlatch*, durante la cual algunas tribus se dedicaban a la destrucción de riquezas para probar su poder ante las demás. No se trata de eventos marginales o secundarios sino que, para Bataille, suponen el fin al que están subordinadas las actividades útiles. No hay un principio general que nos ayude a discernir qué es útil para el ser humano, puesto que se trata de un concepto relativo. Lo que propone Bataille es la creación de una teoría con una perspectiva holista, que considera que la verdadera cuestión sobre la cual gira nuestra sociedad no es cómo acumular beneficios sino cómo gastar el excedente, si de manera festiva o bélica, gozosa o terrible. Además, la ley de la economía general está apoyada



por la ley de la entropía que se da en la naturaleza, según la cual siempre, en todos los procesos, hay una pérdida de energía que no podemos reutilizar. A esta pérdida la denomina Bataille «la parte maldita», que representa todo aquello que en nuestras vidas escapa a la razón utilitaria. Y en esta parte maldita es donde encontraríamos, para Kristeva, la obra de Mallarmé, que hace evidente ante nuestros ojos que no todo debe someterse a la tiranía de lo útil. Hemos sido educados en las lógicas del mercado capitalista según las cuales incluso el valor de las personas se mide de acuerdo a su productividad. No son útiles los locos, los enfermos, los viejos, así que no tienen valor. Sin embargo, la obra de Mallarmé va más allá de la literatura convencional, cuya única utilidad es la de transmitir un mensaje. Esta poesía abandona las normas que permiten la comunicación cotidiana, no se asumen un emisor y un receptor sino que la disposición de palabras se presenta como un fin absoluto que evoca, no un medio a través del cual viaja un mensaje: «el beneficio consiste en consumirlos por el placer de consumirlos, sin cálculo económico alguno» (Ibíd.: 66).

Bataille no cree en reyes, en dioses ni en fronteras nacionales. Él aboga por una comunidad universal no cerrada, no definida, virtualmente ilimitada, que denomina una «comunidad acéfala». Pero para que esta se dé, los sujetos que la componen deben confiar los unos en los otros, mostrarse vulnerables, al borde de la muerte, al borde de ser nada, para hacer posible la máxima libertad individual en conjunto con la igualdad social, como también deseaba Mallarmé. En la comunidad acéfala, las relaciones entre los sujetos pueden responder a las lógicas de la utilidad o a las lógicas del derroche: «entre el trabajo y el juego, entre el cálculo y el derroche, entre la ley y la transgresión, entre la razón y el deseo» (Ibíd.: 18). Estas lógicas son del mismo tipo que las que



plantea Kristeva, que responden a la producción o al dispendio. Y en esta dialéctica se mueve tanto la sociedad como el carácter del individuo, es la experiencia vital aparentemente contradictoria a la que está abocado. Pero ambas lógicas son necesarias, pues la primera preserva la vida y la otra lo pone en comunicación con los demás, poniendo en duda incluso su propia individualidad. Esta colectividad la encontramos, por ejemplo, en las fiestas, en las que nos mostramos vulnerables, ridículos, pero llenos de deseo, erótico o amistoso. Por eso, tanto Bataille como Kristeva coinciden en que «ambos tipos de vínculo social son igualmente imprescindibles» (Ibíd.: 23), puesto que ya no se busca simplemente hacer que la vida se prolongue sin más sino que lo que importa es intensificarla, y esto es posible gracias a la racionalidad «maldita». En ningún caso se propone invertir la jerarquía, poner el arte por encima de las relaciones productivas, sino mostrar este conflicto del que el humano no puede escapar, el desgarramiento entre la ley y la transgresión en el que debe dejar su vida.

El futuro de Mallarmé

Volviendo sobre las limitaciones que encontramos en la obra de Mallarmé para servir a esta actividad revolucionaria, parece que al menos una de esas barreras continúa sin ser derribada. En las obras más tardías de Mallarmé, que, en ocasiones, permanecieron sin publicar porque Mallarmé consideró que el público no estaba preparado para afrontarlas, Kristeva ve una tendencia hacia la desaparición de los fetiches, lo cual da esperanzas a la autora para seguir apostando por el poeta. Aún así, como solución definitiva para esta cuestión, Kristeva apunta a las obras de su compañero en *Tel Quel* Philippe Sollers, que incluían contenido teórico para explicar la verdadera naturaleza del texto, así como contenido explícitamente político, de manera que su potencial subversivo



se hiciese explícito; es decir, que la forma innovadora de una obra debía ser complementada con un contenido apropiado que provocase una respuesta en el sujeto y fuese capaz de transformarlo. Sin un contenido revolucionario, que, como hemos visto, a veces se tornaba incluso reaccionario en las obras de Mallarmé, el potencial subversivo de su forma quedaba silenciado y pasaba inadvertido a muchos de sus lectores.

Sin embargo, el hecho de la escasa difusión de la obra del poeta, es decir, de que sus poemas sólo llegasen a una pequeña élite intelectual, es una limitación que aún queda sin resolver en la obra de Kristeva:

Sería necesario para esta economía significativa, que Mallarmé entrevió, implicar a todos los sujetos del Estado burgués o sus subconjuntos, para que sus ideologías circulantes fuesen atacadas y, con ellas, sus siempre-virtualmente opresivas estructuras sociales. La práctica significativa buscada en el teatro de Mallarmé podría tener impacto social si, y sólo si, se encontrase con condiciones económicas y políticas favorables. En un Estado burgués que consolida sus estructuras de expansión económica y sus aparatos de liberalismo político, el proyecto de Mallarmé sigue siendo un deseo cuya realización requiere, como poco, de varios siglos. Se da el caso, sin embargo, de que este nuevo sujeto demandado por Mallarmé y orquestado, de diversas maneras, por la literatura de vanguardia del siglo XX, ya está emergiendo, esporádica y raramente; y su práctica es uno de los factores nuevos pero que resultan decisivos para la revolución (Kristeva, 1974: 592).



En este fragmento podemos ver que ella abogaba por que las obras de Mallarmé llegasen a todas las personas del Estado, de forma que pudiesen verse afectadas por ellas, lo cual también requería de unas condiciones económicas y políticas favorables. De esta manera, su papel debía ser contribuir a la creación de una nueva sociedad, no servir como disfrute a aquellos que ya la habiten, como decía Sartre. La escritura de Mallarmé, por escapar de la lógica del discurso, también escapa a los distintos ejes de opresión que atraviesan el lenguaje común. Nos evoca un espacio de sentido pre-subjetivo, pre-simbólico, que por eso Kristeva analiza en clave psicoanalítica, y que, en ese sentido, es un fin en sí mismo.

No obstante, para alcanzar este cambio social, el poema debe llegar a todos los individuos, como ya hemos señalado, algo que no ha ocurrido. Una de las formas de salir de esta encrucijada sería admitir finalmente que Ortega tenía razón y que, efectivamente, su poesía estaba reservada, debido a su misma esencia, a un pequeño grupo de personas que supiesen entenderla. Sin embargo, creemos que esto es algo que ocurre generalmente con el arte y que hacerlo más sencillo simplemente para que el pueblo pueda entenderlo sería demostrar una actitud paternalista hacia estos individuos. En el año 1937, en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas de Valencia, Antonio Machado se muestra totalmente en contra de estas ideas, alegando que la difusión de la cultura no implica su degradación sino todo lo contrario (Ballester y Gorria, 2017).

Son varias las propuestas que se han hecho a lo largo de la historia sobre cómo hacer llegar a toda la población aquello que normalmente sólo está en manos de los intelectuales. Una de ellas es mediante la idea gramsciana del intelectual orgánico, recogida y criticada por Pierre Bourdieu. El sociólogo



francés estaba de acuerdo en que los intelectuales cuentan con las herramientas para provocar el cambio social, pero critica la idea de Gramsci en tanto que cree que no están en posición de comprender totalmente a la clase trabajadora por mucho que se esfuercen, ya que no se encuentran en la misma situación que los caracteriza de necesidad material. Dicho esto, no es nuestro objetivo encontrar a través de este ensayo una solución para esta carencia que, al parecer, tampoco Kristeva supo resolver. Sólo podemos señalarla, sin dejar por ello de reconocer los puntos fuertes de su tesis que pueden servirnos de apoyo en teorizaciones futuras sobre el cambio social.

Conclusiones.

La tesis de Kristeva relativa a la poesía de Mallarmé tiene, en nuestra opinión, un punto fuerte en lo relativo a la capacidad de la poesía para cambiar a las personas. La forma en que la ficción nos introduce hacia nuevas formas de ver el mundo, enfrentándonos con nuestros propios pensamientos pasados para transformarlos es innegable. Es interesante que, para Kristeva, lo que la poesía de Mallarmé nos aporte sea un tipo de lenguaje que, en primer lugar, no es afectado por las limitaciones usuales que rigen en el lenguaje ordinario, que se convierten en tendencias opresivas en muchos casos, y, en segundo lugar, no sigue la lógica de mercado capitalista según la cual todo debe tener una utilidad. La poesía de Mallarmé sirve para algo pero no de la manera tradicional, nos dice cosas pero no es transmisora de un mensaje; no es un medio, es un fin en sí misma. Esto nos presenta ante una lógica de dispendio normalmente despreciada en nuestra sociedad, y nos invita a valorarla. Al final, el hecho de que sólo lo útil tenga valor es una



cuestión ideológica, ya que, como dice Bataille, no hay un criterio fijo para definir lo que es útil para el ser humano y, de todas formas, la sociedad gira en torno a las fiestas y a las guerras, que no dejan de ser sino actividades de una economía del derroche, no de la acumulación.

Sin embargo, la debilidad de su teoría la encontramos en el paso posterior y quizá más importante a la hora de sacar el poder revolucionario de la poesía de los libros; Kristeva parece incapaz de resolver la forma de hacer llegar a todos y cada uno de los individuos del Estado esta poesía, así como asegurar su comprensión y que esto sirva como detonante para provocar un cambio social. Además, aunque las obras de Mallarmé llegasen a todos los rincones del mundo, otro de los grandes obstáculos a los que hacer frente sería no sólo su difícil comprensión sino el estado de anestesia colectivo que afecta al general de la población, provocado por los valores individualistas difundidos por la sociedad neoliberal y la falta de alternativas –para muchos, es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, como decía Mark Fisher–.

La dirección a seguir en la investigación a partir de ahora debería centrarse, según lo que hemos ido planteando, en tratar de solventar la laguna que encontramos en la tesis de Kristeva, poniendo en valor las prácticas de dispendio en nuestra sociedad como forma de motivar un acercamiento de la gente a la literatura, así como escribir literatura que refleje los valores que queremos para nuestra sociedad, en fondo y forma. La pretensión de acercar a todos en un espacio corto de tiempo a las obras de Mallarmé parece problemática, pues es una escritura muy hermética que, sin las herramientas adecuadas, permanece indescifrable. Quedan, por lo tanto, algunas preguntas sin resolver que servirán como punto de apoyo para seguir trabajando: ¿Es la literatura para todo el



mundo? ¿Puede realmente provocar un cambio a gran escala? Y, sobre todo, ¿estamos, nosotros como sujetos, preparados para hacer que suceda?

Bibliografía

Ballester, P. Gorria, T. (2017) «Machado en el Congreso de València», en el blog *Machado, un poeta en Rocafort*: <https://machadoenrocafort.wordpress.com/2017/07/04/machado-en-el-congreso-de-valencia/>

Boncardo, R. (2018) *Mallarmé and the Politics of Literature: Sartre, Kristeva, Badiou, Rancière*. Reino Unido: Edinburgh Press.

Campillo, A. (2001) *Contra la economía. Ensayos sobre Bataille*. Granada: Editorial Comares.

Kristeva, J. (1974) *La révolution du langage poétique*. París: Editorial Seuil.

Kristeva, J. (Ed.) (1984) *Revolution in poetic language*. Traducción inglesa de Margaret Waller. Nueva York: Columbia University Press.